

H DE
HARRY

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2014, **Darlis Stefany**

© 2018, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Portada

Vasco Lopes

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Impresión

QP Print

Revisión

Claudia Márquez

Primera edición: Febrero de 2016

Segunda edición: Diciembre de 2016

Tercera edición: Mayo de 2018

Depósito Legal: DL B 4364-2016

ISBN: 978-84-16281-75-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

DARLIS STEFANY

HIDE
HARRY



Nova Casa Editorial



A todas las bandas de las que tengo un póster en mi pared,
por enseñarme a ser fan.

A las fanáticas, que saben lo que es amar con pasión
y sentirse parte de algo.

A mí por no rendirme y siempre escribir una línea más.

A ti, por estar leyendo esta dedicatoria.



AGRADECIMIENTOS

Tengo muchas personas a quienes agradecer por este primer paso, que es el inicio de un largo camino, y será seguido por muchos más.

En primer lugar a mi mamá, sin ella este libro físico no sería posible, gracias por siempre creer en mí y también por motivar a los demás a hacerlo. De igual manera, gracias papá por siempre estar pendiente de este proyecto.

A mi hermosa familia, que es única y especial, de la que me siento orgullosa de formar parte. Familia: quizá les resulten un poco extrañas las escenas sexuales, pero ¡oye!, ya soy grande.

A mi hermana por ser la primera en leerme, por darme su opinión y siempre estar ahí. Al igual que a mi fiel y mejor amiga, que hace ya varios años me dijo que esta historia merecía continuar, gracias Yosnelys.

A todas esas bandas que han contribuido a volverme una loca fan, que ama la música y a los músicos.

A NiamJay (seudónimo) por ayudarme en todo este proceso. También gracias Natalia por la idea de la portada.

A mi grupo de Staff: Du, Willa y Gio han sido parte de esto y serán parte de más.

No menos importante, gracias a Nova Casa Editorial por unirse en el camino y darle una oportunidad, así como un voto de confianza, a esta historia; invitándome a integrar esa bella casa llena de palabras.

Y aquí otras personas que también son importantes, las acompañantes de este sueño: ¡GRACIAS FIVERS y STEFFLOVERS! A cada una de ustedes, que se han enamorado de BG.5, tan locamente como yo. Gracias por darme la oportunidad de mostrarles a cinco chicos, que además de atractivos, tienen una personalidad que enamora ¿a que sí?

Gracias a todo el que se encuentra leyendo este libro, por dejarme entrar en sus pensamientos, y espero que en su corazón.

Harry Jefferson.

La música siempre ha sido mi pasión.

Tocar la batería hace que mi corazón lata, que mi alma sea libre y que mi cabeza dé vueltas.

Mi vida siempre ha sido estable, tomo mis decisiones y vivo con ella.

Pero mi vida nunca se sintió tan idónea, tan libre y tan feliz hasta ella.

Ella con su cabello semejante al fuego, con su sonrisa y un carácter que haría temblar a cualquier sargento.

Ella con sus sonrisas, con su risa, con su voz y con todo ese amor que de a poco comienza a entregarme y recibe de mí.

No sabía que deseaba formar una familia hasta que mi mano tocó la suya.

No sabía que era la mujer de mi vida hasta que su rostro no salía de mis pensamientos.

No sabía que el amor podía doler y ser tan maravilloso al mismo tiempo, hasta que la conocí.

Y nunca pensé que mi nombre pudiera cambiar una vida, hasta que cambió la suya.

Tiene mi corazón envuelto, lo tiene en sus manos, donde lo protege y lo cuida de la misma manera en la que yo cuido del suyo.

La amo. Los amo y solo quiero felicidad para ellos, para mí.

Estoy dispuesto a luchar por ellos.

Estoy dispuesto a que seamos felices.

Encontré a mi familia y no quiero dejarlos ir. Son parte de mí.





PRÓLOGO

¿Responsable? Sí. Espera tacha ese sí, la respuesta es un, rotundo y perfecto, no. Como un «**NO**» en negrita, subrayado y mayúscula.

¿Amable? Cuando me agradan, lo que se traduce en: muy pocas veces y *solo* con mi familia... y, claro, mi mejor amiga.

¿Cuidadosa? No lo creo... al menos no tropiezo con mis propios pies, eso debe ser algo bueno, ¿no?

¿Ebria? Omito mi respuesta. No me hará la interesante, no ingiero licor.

¿Valiente? ¿Es esta una pregunta con trampa?

¿Estúpida? Ahora me doy cuenta de que sí. Quizás siempre lo fui.

¿Arrepentida? Un poco.

¿Qué haré? Aún no lo sé, estoy buscando respuesta para esta filosófica pregunta.

¿Impulsiva? Desgraciadamente sí.

¿Madura? Definitivamente no. Tan verde como un mango fuera de temporada.

Como notan no soy la persona más responsable, quizás ni siquiera califico como una persona responsable, soy todo lo contrario: impulsiva, libre, loca y divertida. Quizás demasiado libre.

Mi expediente policial goza de estar limpio, no consumo licor, al menos no con frecuencia, ni mucho menos ando por la vida drogándome; pero puedo decirles que tampoco soy un ángel del cielo. He cometido un error y ahora veo mis defectos.


Al observar las preguntas que me acabo de realizar, muy a mi pesar, me doy cuenta de que no soy la mejor persona del mundo. Tal vez, ni siquiera estoy cerca de ello.

Tengo un problema, bueno, no es un problema, es el resultado de una irresponsabilidad. Si no puedo con mi vida, ¿cómo se supone que pueda con dos? La respuesta es simple: *Kaethennis cometiste un error, paga las consecuencias.*

¡Y, vaya...! Estas son unas serias consecuencias.

Dejaré atrás mi niñez, la irresponsabilidad, los juegos y la diversión. Ahora seré Kaethennis la responsable, la mujer, la seria... ¡Ja! Todo esto con solo diecinueve años, técnicamente puedo calificarme aún como una adolescente, ¿no?

¿Quién diría que mi adolescencia terminaría a esta edad? Aprenderé la lección, me volveré una mejor persona, únicamente espero no encontrarme sola en esta nueva experiencia.



CAPÍTULO I

6 de julio, 2008.

—¡Mamá! —llamo a mi madre al llegar a la casa—. ¿Hay alguien?
—la respuesta se ve reflejada en un absoluto e incómodo silencio—. Vale, estoy sola.

Tomo un helado de menta con chispas de chocolate (del que me he vuelto adicta en los últimos meses) de la nevera, me ubico de manera perezosa en el sofá y comienzo a comerlo, degustándolo como si en cada cucharada probara pequeños trocitos de cielo. Tenía tantas ganas de comerme este helado, quizás es por el hecho de querer creer que comiendo helado el mundo será un lugar mejor, aun cuando sé que eso jamás pasará. Y, bueno, porque durante todos estos últimos meses no he parado de repetirme cuán idiota he sido, soy y seré.

Trato de decirme, de manera continúa, que no está tan mal mi situación, que realmente no fue un error. Pero cuando mi mente empieza a recordar los sucesos que me llevaron hasta aquí, no hago más que pensar cuán estúpida e inmadura he sido, y cómo las consecuencias de mis acciones finalmente han tomado forma; generando grandes cambios en mi vida.

Es en este instante en el que mi mente deambula por los episodios que me llevaron, o quizás trajeron, a lo que es el día de hoy.

—Jake ya para, tus padres pueden llegar —dije como pude, mientras mis labios eran devorados por los de Jake, aunque realmente yo no estaba poniendo mucha resistencia. Estaba en modo lujuria... Más aún cuando podía sentir algo duro presionar contra mis partes bajas.

Era una chica a la que le gustaba el sexo, no era algo de lo que me arrepintiera.

—No, no lo harán —respondió él, riendo, por lo que yo también reí, risa que se convirtió en gemido cuando sus manos juguetonas apretaron mis pechos. Él sabía cómo encender mi cuerpo, es lo que el hábito y la costumbre logra en una persona.

—Sabes que sí lo harán —le dije.

—Solo dedícate a disfrutar como siempre lo hacemos.

Solo bastó que dijera eso para que nuestra sesión de besos se volviera más que eso, convirtiéndose en sexo. Simple sexo.

Podía asegurar que no había nada de amor, solo diversión, lujuria y pasión. Solo éramos dos chicos que se divertían de vez en cuando sin ataduras ni etiquetas de relación. Lo cual estaba bien para mí, al igual que para Jake, es decir, ¿qué hombre estaría descontento por tener sexo sin compromiso?

Era el pastelito hecho del sueño de todo hombre: sexo libre de ataduras, esa era yo.

—Me gusta nuestra relación —me informó él, como si hubiese escuchado mis pensamientos.

Yo reí con ganas, por supuesto que le gustaba.

—¿Y es que esto es una relación? —pregunté, aún riendo, mientras comenzaba a cubrir mi cuerpo nuevamente con la ropa.

—Bueno, me gusta lo que sea que seamos —dijo él mientras terminaba de ponerse su camisa.

Sacudió su cabeza y me sonrió.

Jake de verdad era un chico muy atractivo, tenía esa cabellera color miel que hacía contraste con unos hipnóticos ojos de color avellana. Su barbilla era aguda y algo empinada, su nariz respingona pero, he de aclarar, eso no le quitaba ni un ápice de atractivo. Él tenía el cuerpo fibroso y era alto, quizás no en exceso, pero sí sobrepasaba la estatura promedio de un chico de veintiún años.

—Sin compromisos... —dije yo luego de abrochar mis pantalones.

—Sin compromisos —concordó él.

Eso era lo único que yo pedía a cambio. Lo único que quería de lo que sea que teníamos. Si había algo a lo que yo le tuviera pavor, era al compromiso. Simplemente yo me negaba a madurar, a crecer; el compromiso me aterraba, por eso llevaba una vida libre, de aquí para allá. Pero sin malinterpretaciones, por favor, me refiero a que era un espíritu libre, solo con Jake tenía esa clase de relación y llevábamos dos años en ello. Lo sé, era estúpido, dos años siendo amigos con ese tipo de derechos y no teníamos una relación o noviazgo.

—¡Estúpido Jake! —exclamo, molesta.

Para ser sincera estoy más molesta conmigo que con él. Es decir, él es el dueño de su pene, pero yo soy la dueña de mi cuerpo y era mi deber protegerlo. Por supuesto que no lo hice y he pasado los últimos meses reprochándomelo. Además de llamarme idiota, claro está.

Paso una mano por mi rostro. Voy a la mesa y dejo el helado para subir a mi habitación a ponerme algo más cómodo, lo que se traduce en algo que no estrangule a mi cambiado cuerpo.

Bajo y me ubico tal como estaba anteriormente, para seguir divagando en los recuerdos. En aquellos recuerdos que me lastiman y torturan.

Me encontraba en el baño de la universidad vomitando, me sentía fatal, y me sentía peor al saber lo que ocurría...

—¿Será que comiste algo que te causó daño? —preguntó Bridget, mi mejor amiga.

—No lo creo —susurré, lavando mi rostro.

No me atrevía a aceptar lo que me pasaba, me daba miedo. Además, decírselo a Bridget era hacerlo real.

—¿Entonces? —preguntó una vez más, escrutándome de manera fija con sus grandes ojos color verde, que parecían ver todo de mí.

A ella no podía ocultarle absolutamente nada.

—Yo... Brid... —respiré hondo, necesitaba decírselo a alguien—. Tengo dos semanas de retraso —confesé, apretando con fuerza mis manos sudorosas.

Por un momento deseé que, mágicamente, los vómitos desaparecieran y mi periodo tuviera un estruendoso bajón, solo suplicaba que eso sucediera, pero, como toda historia llena de moraleja, eso no sucedió.

Mi mejor amiga llevó una de sus manos a la boca, un gesto dramático, si se me permitía decirlo, mientras hacía una mueca de asombro. Si así reaccionaba ella, no quería saber cómo reaccionarían mis correctos padres.

Dios, se suponía que eso no debía ocurrirme a mí. Jake y yo éramos cuidadosos, siempre había un preservativo de por medio, pero, claro, quizás hubiese ayudado si yo hubiese tomado anticonceptivos.

Fui tan confiada.

Debí haber optado por otro medio de protección, más cuando las cosas con Jake se ponían tan salvajes que fácilmente un condón podía romperse. Aunque, para ser sincera, las veces en las que Jake parecía una bestia sexual lo detenía en pleno acto, por miedo, no me gustaban ese tipo de relaciones sexuales a lo bestial, al menos con él no.

—¿No te has cuidado? —preguntó Bridget luego de un gran silencio.

—Sí, no sé qué paso —me defendí, aunque mi excusa era banal y estúpida, tal como me sentía en ese momento.

—¡Yo sí sé!, vives teniendo relaciones con Jake cuando le vienen las ganas, y ahí están tus consecuencias —me acusó Bridget, vi mi miedo reflejado en sus ojos, ella sabía todo lo que implicaría ese embarazo.

—No me regañes, por favor. No lo necesito ahora, además, no es seguro, seamos positivas.

No sé a quién intentaba engañar más, si a ella o a mí. Rogué, aunque siempre había dicho que la esperanza era para tontos, prefería ser parte de esos tontos y no una chica de diecinueve años embarazada. No quería ser una más en las cifras de embarazos no deseados.

—Ruega que la prueba no te dé positiva —me indicó ella—. ¡Oh, amiga! La has cagado en grande.

—¿Qué prueba? —pregunté, ignorando su lamento, porque si alguien llevaba días lamentándose, esa era yo. Necesitaba que mi mejor amiga fuera la fuerte, por muy egoísta que eso me hiciera.

—La que te irás a hacer ahora a la clínica.

Que tonta fui al no querer darme cuenta de lo que pasaba, ¿cómo es que no notaba los cambios en mi organismo? ¿Cómo no notaba que iba a ser madre?

Así es, la prueba efectivamente dio positivo.

Lo primero que sentí fue un gran arranque de depresión, al igual que decepción. Decepción de mí misma, por ser una más de esas chicas que arruinaban su futuro, un número más en el porcentaje de embarazos no deseados. Me negaba a creer que un ser vivo crecía dentro de mí. Yo, el espíritu libre, tendría un hijo. No podía creerlo.

Tanto huir del compromiso que, al final, este terminó alcanzándome de una manera vil. Yo, embarazada. No hallaba en qué árbol ahorcarme, ni de dónde sacar valentía para decirles a mis padres.

Sin embargo, fui valiente y les informé a mis padres. Ahora mismo no me apetece recordar lo decepcionados que estaban. Empero, mi gran decepción fue Jake y su «Ese bebé no es mío». Siempre supe que era frío, calculador e incluso superficial, pero no pensé que fuera a ser así conmigo. Esperaba más de él. Yo no hice al bebé sola, y cabe destacar el hecho de que es de su órgano reproductor de donde vino ese bebé a invadir mi cuerpo.

Ahora aquí estoy, con ocho meses y medio de gestación. Será niño, pero ni siquiera le he buscado nombre... es que no quiero encariñarme con él. Luego de un par de meses, y de darle vuelta a la situación con mi familia, tomé una decisión. Lo daré en adopción, es lo que mis padres me han aconsejado, bueno, en realidad yo busqué esa solución; mi madre me da su apoyo y papá simplemente refunfuña acerca de la decisión que tomé. A Bridget tampoco le agrada la idea, pero a mí me parece lo mejor. *Espero que sea lo mejor...*

—No pienses que no te quiero —digo, acariciando mi vientre, aunque me niego a crear vínculo con el bebé—. Es solo que yo no puedo tenerte.

Esto lo hago casi siempre, decirle exactamente esas palabras a mi pequeño. Así es como lo llamo, «mi pequeño», debido a que no tengo un nombre para él.

Cada vez que digo esas palabras frente a Bridget, ella me acusa de mentir, puesto que mi familia está muy bien ubicada económicamente y ella me asegura que yo de verdad podría llegar a ser una gran madre si lo intentara. Es allí donde radica el problema: yo no quiero intentarlo.

Cobarde, lo sé.

Paso una mano por mi vientre redondo y casi quiero reír de manera maniaca al recordar cómo, antes de tener mi vientre tan hinchado, me daban grima esas enormes barrigas. De hecho, la simple idea de ser madre la descartaba. Se suponía que yo sería la tía divertida y solterona, no la madre responsable. Lamentablemente los planes nunca salen como deben ser, prueba de ello es estar embarazada.

Una punzada de dolor recorre un punto en mi espalda, para luego dirigirse al centro de mi vientre. Hago una mueca mientras respiro hondo, últimamente el bebé se mueve mucho. Otra punzada de dolor me alcanza, esta vez a la altura de mi ombligo, llegando a mi costado y es mucho más doloroso. Luego se convierten en dos punzadas de dolor, hasta irse multiplicando y entonces lo siento...

Siento algo caliente, pegajoso y viscoso, deslizarse por mis piernas. Bajo con algo de miedo la vista y observo como mi entrepierna se encuentra húmeda, mientras que por mis piernas se desliza un líquido, el líquido al que tanto le temía.

—¡Rompí fuente! —grito, asustada y llena de histeria, aun sabiendo que esa es exactamente la forma en la que mi médico me dijo que no actuara cuando llegara el momento, porque podría causar estragos en mi presión cardíaca. *Pues, doctor, váyase al carajo, la histeria es mi mejor amiga justo ahora.*

Respiro hondo mientras trato de calmar el nivel de miedo que está tomando mi cuerpo. Me levanto con cuidado del sofá hacia el teléfono, empiezo a sentir pequeños dolores, lo que quiere decir que las contracciones empiezan a hacerse muy continuas. Asustada, recuerdo que no me sé el número de mis padres. *¿Qué clase de hija soy?!* Se me ocurre que Emergencias estará en discados rápidos, pero, en su lugar, está «Rupert». ¿Qué hace el número de mi tío, el cual vive en Miami, en discados rápidos?

Como puedo marco al 911, mientras aprieto mis labios, intentando olvidar el dolor. Las contracciones comienzan a aumentar, solo espero que alguien llegue rápido. Estas contracciones se están haciendo realmente dolorosas y yo sé que eso solo significa que el bebé está buscando su posición para salir de mí.

Espera solo un poco más, pequeño, por favor.



Poco después me encuentro en una silla de ruedas que se desplaza hasta la sala de partos. La enfermera se detiene a avisarle de mi llegada a un doctor, y yo solo quiero gritarle que se apure, que camine más rápido y consiga al condenado doctor privilegiado de atenderme.

Aprieto mis labios para no hacer una escena por el dolor, no soy la primera ni la última mujer en dar a luz, por lo que debo ser fuerte. Aunque realmente estoy muriendo de miedo, no veo a nadie conocido.

—¿Mi familia? ¿Bridget? —pregunto, presa del pánico—. No daré a luz sola, no puedo...

Justo cuando estoy a punto de lanzarme en un llanto histérico, un chico pasa a mi lado y, sin pensarlo dos veces, tomo su mano. Ante el gesto él me mira extrañado. Desearía al menos no lucir toda transpirada y lunática ahora, porque él claramente es muy atractivo. Sus ojos son dos piedras de un azul intenso, el azul más hermoso que he visto en mi vida, su cabello castaño muy oscuro cae en un estilo rebelde alrededor de la cima de sus ojos y sus labios son de un rosa provocativo. Sacudo mi cabeza mientras le hablo. Ahora no puedo darme el lujo de detallarlo, no es momento para coquetear, no cuando mi entrepierna esta húmeda y luchando por contener a un bebé ansioso de salir al mundo.

Puedes esperar un poco más bebé, el mundo no es gran cosa.

—Llama a mis padres —le pido, o quizás le ruego, mientras hago una mueca por la contracción que atraviesa mi vientre. El dolor es mucho más fuerte que los dolores premenstruales, y eso es decir mucho.

—¿Ah? —pregunta él, viendo con fijeza mi rostro, quizás tratando de descifrar qué es exactamente lo que yo quiero.

—¡Maldición! No quiero dar a luz sola —digo, tomando su mano con fuerzas. Puedo asegurar que el agarre de mi mano sobre la suya quizás está resultándole algo doloroso.

—¿Estás sola? —me pregunta, viendo a mi alrededor.

—¡¿Que no ves?! —grito ante su pregunta estúpida, no es el momento más adecuado para hacerme preguntas estúpidas. El chico abre los ojos como platos, casi parece asustado—. Tengo miedo —aseguro, mientras me quejo de los dolores.

—Vale, vale, no grites, le hará daño al bebé —me indica él, ahora parece asustado, con una extraña expresión en su rostro.

—¿Lista? —me pregunta la enfermera y casi grito un gran «No», pero aun cuando se supone que el bebé no debería estar naciendo todavía, soy muy consciente que este quiere salir ahora mismo. Bebé ansioso.

—N-no... —digo, sorbiendo de manera vergonzosa mi nariz—. No me dejes sola —le imploro a aquel desconocido.

—No lo haré —dice él, viendo a los lados, buscando una solución a esta situación—. ¿Dónde me cambio?

—¿Es usted el padre de la criatura? —pregunta otra enfermera, llegando a nosotros. El rostro del chico palidece y me ve de reojo, como si mi rostro fuera a otorgarle alguna solución a esta extraña situación.

—Efectivamente —responde él, con voz temblorosa, y yo abro mucho mis ojos, al igual que mi boca. El padre del bebé no tiene los ojos azules, ni mucho menos reconoce que él es el padre del bebé.

—Acompáñeme —le indica la enfermera.

El chico, al igual que aquella enfermera, se pierde de mi vista e inmediatamente extraño su mano entre la mía, que me hacía sentir un tanto más segura. Cuando mis ojos lo pierden de vista, el pánico de nuevo me invade.

En un abrir y cerrar de ojos me encuentro en la sala de partos, con una bata azul, sin ropa interior, y con mis piernas abiertas en una posición incómoda, que deja a la vista de todos mi zona más íntima. Quiero cerrar las piernas, tengo frío. Todos hablan mientras el doctor se coloca sus guantes de látex y me hace preguntas a las que yo realmente no presto atención, está claro que el doctor solo intenta tranquilizarme debido a que el pánico tiene mi presión cardíaca descontrolada.

—No puede ser, ¡daré a luz sola! —exclamo de un momento a otro, totalmente asustada, mientras mis ojos se llenan de lágrimas. No puedo creer que voy a hacer esto sola, realmente sola. No habrá nadie tomando mi mano, nadie dándome apoyo. Yo quería dar a luz como ese programa de televisión por cable en donde todo parecía muy maravilloso, con una familia sumida en llanto ante la llegada de un bebé.

En este preciso momento el chico de los despampanantes ojos azules entra con bata azul, mientras me regala una sonrisa nerviosa. No puedo creer lo absurdo que es que sus ojos azules solo resalten de una manera increíble por culpa de la ridícula bata que lleva puesta.

Casi quiero lanzarme sobre él y agradecerle. Realmente el que estuviera aquí logra calmarme un poco, mi presión cardiaca aún esta alocada pero más controlada, cosa que el doctor nota.

—¡Padres adolescentes! —exclama el doctor, como si él no hubiera perdido su virginidad en la adolescencia, tal cual lo hice yo—. Bien, ¿fuiste a clases de parto?

—No —le respondo. Solo fui a dos y realmente me aburrí demasiado y lo abandoné, ahora me arrepiento—. Pero vi muchas películas.

—Bien, pujarás cada vez que te indique y luego respirarás hondo para volver a pujar, ¿entendido? —me pregunta el doctor con una sonrisa paternal en su rostro.

Yo solo asiento con mi cabeza y el chico toma mi mano. «Puja», me indica, y lo hago. ¡Qué dolor!

Siento que mi entrepierna está siendo prendida en fuego y que mi vientre se divide en dos. ¿Cómo hay mujeres en el mundo que tienen tantos hijos? ¿Cómo pudo mi madre tener tres hijos? Saco esas ideas tontas de mi cabeza mientras con todas mis fuerzas pujo una vez más.

Repito ese proceso por unas largas cinco horas.

Pensé que esto de estar en trabajo de parto solo duraba un par de horas, ya sabes, algo rápido de unas cuantas pujadas y listo. Pero aquí estoy yo, adolorida hasta los cabellos luego de tantas horas de dolor. Sin embargo, sé que no puedo descansar, no hasta que el bebé salga. Además, el chico anónimo me recuerda a cada minuto que tengo un bebé en camino, a lo que yo lo miro con una clara expresión de: «Eso lo sé».

—¡Vamos, falta poco para que lo logres! —me alienta el chico, mientras pasa su dedo pulgar por mi frente, limpiando como puede las gotas de sudor. Ni siquiera hace una mueca de asco por el gesto. Yo, por el contrario, sí estoy muy asqueada de estar tan sudorosa.

—Esto duele tanto —susurro mientras respiro en medio de jadeos, necesito que él sepa que realmente estoy haciendo un gran esfuerzo.

—Lo has hecho bien, eres valiente —dice el chico, besando mi frente.

Ese chico ha estado durante las cinco horas tomando mi mano, mientras, de vez en cuando, limpia mi sudor. Sí que debo agradecerle, tal vez una cena, dinero o algo como eso.

Doy los últimos tres pujones antes de escuchar un grito agudo y molesto. El dolor poco a poco va disminuyendo y me siento tan agotada.

—¡Es un niño! —exclama el chico, emocionado. Ya sabía eso, pero disfruto de su sorpresa como si lo fuera para mí también.

—Un niño sano —me informa el doctor—. ¿Cómo se llamará?

—¿Cómo te llamas? —pregunto a aquel chico mientras veo cómo la enfermera me acerca a una cosita pequeña con restos de sangre y un llanto potente. Su piel está rosadita y sus ojos cerrados. Él es lo más hermoso que he visto en mi vida. Me parece que ponerle el nombre del chico es la mejor forma de agradecerle, él es como una especie de ángel, un ángel de increíbles ojos azules.

—Harry —responde, confundido. El chico está perdido en *mi* bebé.

—Se llamará Harry Daniel —indico, derramando una lágrima.

No puedo creer que por fin estoy conociendo al pequeño que pateaba dentro de mí. El chico sonrió. Dios, este es el bebé más hermoso que he visto en mi vida, aun cuando huele terriblemente a sangre y está algo sucio.

El celular de ojos azules —chico anónimo, ahora llamado Harry— comienza a sonar, él lo saca y la enfermera se lo arrebató de una manera grosera, si se me permite decirlo.

Tengo a mi precioso bebé en mis brazos, su cabello es castaño claro, exactamente de color miel como el de Jake, y sus mejillas están tan rosaditas, sus labios sin duda alguna son como los míos. Sé que dicen que los bebés nacen arrugados y que es muy poco probable que puedas identificar algún parecido, pero en este bebé reconozco rasgos de manera rápida.

—Hola, Harry —saludo al pequeño, quien no deja de llorar, pero disminuye un poco el tono. Lo cual agradezco, porque su llanto es realmente potente.

—Colóquense y les tomo una foto —dice la enfermera, con el celular del chico.

—Pero... —intento decir.

—Nada de tener pena. Vamos, será una linda foto familiar.

El chico sonríe mientras se pone a mi lado y un *flash* se hace presente: la primera foto del pequeño Harry.



Luego de dos horas mi familia por fin puede entrar a verme, pero no vienen solos. Vienen con la trabajadora social, vienen por el pequeño Harry.

El pánico de manera inmediata me invade. Se llevarán a mi pequeño. ¿En qué estaba pensando cuando decidí darlo en adopción? Es el niño más hermoso y es absolutamente mío. Lágrimas silenciosas comienzan a caer por mis mejillas mientras me doy cuenta de la mala decisión que he tomado. Una decisión basada en una postura egoísta, porque siempre he sido así, egoísta.

—Debes saber que es por tu bien... —dice mi padre, limpiando mis lágrimas con sus dedos pulgares. Él parece triste, en un principio él manifestó su desacuerdo con la adopción, pero ya se ha hecho la idea.

—¡No! Lo tuve durante meses dentro de mí, él no debe pagar mis errores. Yo lo quiero conmigo, por favor no me lo quiten —pido, en medio de lágrimas, mientras emito un pequeño sollozo.

¿Qué he hecho?

Mis padres solo me observan. ¿Cómo pretenden que aquel ser indefenso, aquello que habitó dentro de mí durante meses, aquello que me daba pataditas, no permanezca conmigo? No sé ni siquiera como yo fui capaz de pensar que podía entregarlo tan fácilmente una vez lo viera. No creo en el amor a primera vista, pero lo que sentí al ver a mi hijo con facilidad me hace creer que en él, porque me enamoré con solo un vistazo a ese hermoso bebé.

—¿En verdad serás responsable? —pregunta mi madre con voz dulce.

—Lo prometo, seré la mejor madre que él pueda tener. Lo seré porque el pequeño Harry lo merece.

Mis padres solo sonríen y sé que al único lugar al que Harry Daniel irá será a mi hogar, *nuestro* hogar. Veo hacia la ventana y observo a aquel chico sonreírme mientras, con la mano, me dice adiós. Siempre estaré agradecida con él.

Gracias Harry, gracias por ayudarme a traerlo a mis brazos.



CAPÍTULO 2

23 de agosto, 2008.

Mis ojos están intentando cerrarse mientras Dan —el apodo que mi familia le dio a Harry Daniel— está como una sanguijuela pegado a mi pecho izquierdo. Aún me duelen los fuertes tirones que le da a mi sensible pezón, pero comienzo a acostumbrarme. Además, prefiero tener a la pequeña sanguijuela que a los dolorosos pechos llenos de leche.

Con mis ojos más cerrados que abiertos veo hacia el reloj que descansa en la mesita de noche. Tres y quince de la madrugada. Bostezo, es algo que se me da muy bien en el último mes, al tiempo que veo los ojos de Dan muy abiertos mientras succiona mi pecho. Paso mis dedos por su cabello color miel, el cual posee en exceso, nunca vi un bebé con tanto cabello. Es evidente que este bebé no tiene planeado dormir al menos ahora.

Con un «*pop*» libera mi pecho y apenas lo tiene fuera de su pequeña boquita comienza a llorar. Ruedo mis ojos mientras ubico el pezón nuevamente entre sus labios y él, gustoso, sigue siendo una sanguijuela.

—Si tanto te molesta no comer, entonces no lo liberes, tontito —digo con una sonrisa mientras él succiona con fuerza. Eso duele.

Media hora después finalmente Dan libera mi pecho, por lo que ubico su cabeza en mi hombro mientras palmeo su espalda, liberando los gases. Luego de sacarle tres gases, busco un pañal y lo acuesto en la cama, para cambiarlo.

No le gusta mucho la idea de que la crema *antipañalitis* esté tan fría, por lo que su llanto se hace presente y he de mencionar que tiene un llanto súper agudo y fuerte.

Luego de cambiar su pañal lo cargo y comienzo a mecerlo, para calmarlo. Nos miramos fijamente y me quedo cautivada por sus ojos de color gris, del mismo gris que los míos. Su boquita se abre en un bostezo. Siento unas inmensas ganas de llorar ante lo hermoso que él es, lo amo tanto.

—¿Ves? Harry Daniel, tú también tienes sueño. Duerme, bebé hermoso.

Nuevamente él bosteza para luego soltar líquido blanco de su boca, con rapidez lo llevo a mi pecho, palmeando para que suelte todo.

Luego de mecerlo por una hora, una vez más comienza a quedarse dormido. Beso su frente y lo acuesto en su cuna. Apago la luz y me acurruco en mi cama.

Ser madre ciertamente no es fácil.



Me toma solo cinco segundos escuchar el llanto de Dan y de inmediato me pongo de pie y lo saco de su cuna, mientras trato de tranquilizarlo. Es evidente que tiene hambre. Saco mi pecho derecho, el cual está tan pesado y cargado de leche que duele con intensidad y río al ver como la leche se escurre y ensucia la cara de un muy cabreado Harry Daniel. Limpio su carita con un pañal de tela y dirijo mi pezón a su boca antes de que haga un gran berrinche.

Veo el reloj y tan solo son las seis de la mañana. Solo llevo un mes y dos semanas con Dan, pero ya me estoy haciendo a la idea de que no dormiré más de cuatro horas en un muy buen tiempo.

Finalmente, cuando Dan libera mi pecho me pongo una bata y, con él en mis brazos, bajo las escaleras, encontrándome con que mis padres ya se están movilizandando en la cocina. Ellos me sonríen en cuanto me ven e inmediatamente papá toma a Dan, mientras mamá le besa la frente y sigue cocinando.

—¿Quieres que te prepare el desayuno, Kaethennis? —pregunta mamá.

—Lo agradecería mucho —digo, en medio de un bostezo, papá ríe mientras hace voces para Dan—. Tengo tanto sueño.

—Así es este mundo —dice papá, meciendo a Dan.

Yo asiento con la cabeza, la diferencia es que yo no tengo el apoyo del padre de mi bebé para turnarnos por las noches y cuidar de Dan y, a pesar de que mis padres me ayudan una que otra noche, sé que es mi responsabilidad.

—Dan está tan precioso —comenta mi madre, dejando el desayuno frente a papá y frente a mí. Ella toma a Dan en sus brazos para que nosotros podamos desayunar. Mamá es el prototipo de súper «abuela», aunque está solo un poco joven para ser una abuela, pero le sienta bien.

—Sí, y cómo come. Terminará por sacar todo de mí —indico y mis padres ríen—. Tal vez debas ponerlo en el coche, no quiero acostumbrarlo a estar en brazos.

—Claro, cariño —asegura mamá—. ¿Necesitas que traiga algo cuando vuelva del trabajo?

—Talco y una bolsa de pañales, por favor —pido algo avergonzada, no me gusta mucho la idea de que por el momento mis padres cubran mis gastos y los de Dan. Me siento como una especie de abusadora dependiendo de su dinero.



—Él es tan perfecto —dice Bridget, besando el rostro de Dan, quien solo la observa desde el coche.

—Por favor, no dejes pintura labial sobre él, puede resultar alérgico.

—Kae, casi no te reconozco.

—Lo sé, luzco horrible —digo, pasando una mano por mi enredado cabello caoba rojizo.

—No me refiero a eso, perra. Me refiero a que ya no luces como la chica irresponsable, luces como una... mamá.

—Bueno, yo soy una mamá —digo con énfasis mientras termino de limpiar la cocina—. Ya muero por volver a la universidad.

—Sí, pero te aseguro que no querrás despegarte de Dan. Pareces una mamá oso —asegura Bridget, no resistiendo y cargando de nuevo a mi bebé aun cuando le pedí que lo dejara en el coche, para no acostumbrarlo a estar en brazos.

—Cuando Dan lllore por estar en el coche iré y lo dejaré en tu casa, porque por Dios que ese niño tiene un llanto increíblemente fuerte.

—Con gusto me lo quedo —dice Bridget, apretando la mejilla de Dan contra la suya y causando que este, de manera adorable, saque su labio inferior en un puchero. Mi bebé es tan perfecto—. ¿Y no has sabido nada de Jake?

Casi de inmediato suelto un bufido, aunque una gran parte de mí le agradece el no hacerse cargo de mi bebé, porque de verdad prefiero estar sola que mal acompañada. Y mi bebé no necesita mendigar amor cuando está recibiendo mucho.

—Conozco solo lo poco que supe al darle la noticia, que se transfirió de universidad, lo cual es perfecto. Lo último que deseo ver es su cara recordándome que yo realmente tuve sexo con él.

—Y cabe destacar que fue mucho sexo.

—Vale, nada de palabras para adultos frente a mi bebé.

Bridget ríe mientras de nuevo restriega la mejilla de Dan contra la suya, esta vez haciéndolo llorar. Ruedo mis ojos mientras se lo quito de los brazos, ignorando el estúpido puchero que hace mi mejor amiga, y pongo a mi bebé contra mi pecho.

—Debes entender que tía Brid, está algo loca, cariño —murmuro contra la cabeza de Dan, justo en ese momento Keith, mi hermano mayor de veintitrés años, entra por la puerta.

—Buenas tardes, señoritas —dice con voz galante mientras deja unas bolsas en la cocina. Yo ruedo mis ojos. Al parecer lo que más haré el día de hoy será rodar los ojos.

Desde pequeña siempre he tenido que aguantar que mi hermano mayor sea un galán, por lo cual no lo culpo. Keith es demasiado atractivo, tanto como para que sus hermanas aceptáramos este hecho. Sus ojos son de un gris más oscuro que los míos, mientras que los míos son de un gris muy pálido con motitas verdosas, los de Keith son de un gris profundo que en ocasiones parece un azul bastante oscuro. Sus labios son llenos y pequeños, mientras que su nariz es recta y puntiaguda, barbilla cuadrada y cabellera castaña oscura.

Él vuelve a las chicas locas. Incluyendo a Bridget, quien, aún después de ocho años, sigue babeándose por mi hermano. Claro que el sentimiento es correspondido, es solo que ellos viven en un constante coqueteo y discusiones que no los llevan a nada.

Me gusta la idea de Bridget estando con Keith, es decir, Bridget es preciosa. Pelinegra natural con unos despampanantes y grandes ojos color verde, tiene pequeñas pecas esparcidas en su nariz, lo cual la hace aún más hermosa y, debido a que come saludable y participa en constantes maratones desde los diez años, tiene un cuerpo envidiable; no es muy alta, pero considero que un metro sesenta y ocho están bien.

Keith vuelve a la sala, besa mi frente y toma a Dan entre sus brazos, besando suavemente su cabeza, le da una sonrisa a Bridget y luego vuelve su atención a Dan.

Keith tiene su propio apartamento desde hace dos años cuando comenzó a trabajar de contador en el importante bufete de abogados del padre de Bridget. Lo admiro por lo independiente que él es.

—Cada día está más grande —murmura mi hermano, maravillado.

—Bueno, no esperarás que se quede pequeño. No cuando come como si no hubiera un mañana —comento, estirando mis brazos.

—Kae, has traído al mundo a un bebé precioso —me indica Keith, y yo sonrío. Parece como si mi hermano estuviera a punto de darme palmaditas en la espalda por crear a un buen bebé—. Harry Daniel patearía los pequeños traseros de los otros bebés si participara en concursos. Mira nada más esos ojazos y ese espeso cabello. Además, está muy activo para solo tener un mes.

—Mi bebé es un niño listo.

—Y como el infierno que eso lo sacó de ti y no del cabrón del papá —sentencia Keith ubicando a Dan en el coche, lo cual le agradezco.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Hay buenos genes en la familia Stuart —digo, encogiéndome de hombros.

—Ya escuchaste, Bridge —bromea mi hermano, mirando a la aludida—. Si te interesa un bebé con buenos genes, acude a los Stuart. Aunque supongo que, dado que soy el único varón disponible, me toca a mí hacer el trabajo.

—No gracias, no estoy en busca de bebés ahora. Kae comparte a Dan conmigo. Y estoy segura de que con mis genes basta.

—Solo digo, si me necesitas, llámame —indica Keith con una sonrisa pícaro, haciéndome reír.



—Feliz mes, feliz primer mes —canturreo a mi bebé, a altas horas de la noche, mientras lo observo en su cuna. Tiene los ojos muy abiertos y ve el móvil sobre él—. Solo llevas un mes y dos semanas conmigo y no puedo concebir mi vida sin ti.

—¿Ya está dormido? —escucho la voz de Katherine, mi hermana de catorce años, desde la puerta.

—Está en eso —respondo, viendo la cabellera castaña rojiza y húmeda de mi hermana—. No deberías lavar tu cabello a altas horas de la noche.

En respuesta ella se encoge de hombros y se ubica a mi lado, a observar a Dan. Katherine posee el mismo cabello que Keith, solo que el suyo tiene un matiz rojizo, sus ojos son avellana verdoso, como los de mamá. Le encuentran más parecido con Keith que conmigo. Es alta, como cada miembro en mi familia. En mi caso yo poseo un cabello color caoba rojizo rebelde, lleno de ondulaciones que caen hasta mis pechos, mis ojos son grises, tan claros que a veces podrías percibir algo de verde en ellos. Mis labios están bien, son súper carmín y el inferior es carnoso, mientras que el superior es un poco más delgado, pero sigue siendo carnoso, mi nariz es

recta pero, a diferencia de mis hermanos, la mía no es puntiaguda sino que respingona. Mi piel es bastante clara, casi da la impresión de que necesito un poco de sol, pero así es de igual forma la piel de mis hermanos, mido al menos un metro setenta y tres, y, aun cuando di a luz, sigo siendo delgada por mi buena alimentación. Además, amamantar ha hecho que mis pechos de tamaño regular ahora tengan un tamaño perfecto. Amo a mi hijo por otorgármelos.

—Parece mentira que solo lleve un mes con nosotros —dice Katherine, recordándome su presencia.

—Lo sé, Kathe. Él ha cambiado mi mundo.

—Ya no eres una pomposa —dice mi hermana riendo, de igual manera yo río, porque sé que era así.

—Las personas pueden cambiar.

—Lo sé —dice mi hermana con una sonrisa.

Yo he cambiado, quizás no mucho, pero en el mes que llevo con mi bebé realmente he mejorado como persona. No puedo creer que Dan tenga su primer mes de vida.



CAPÍTULO 3

16 de febrero, 2011.

—Katherine, te estoy confiando a Dan. Esta vez, por favor, no hagas fiestas —suplico a mi hermana adolescente de dieciséis años.

—¡Sé cómo cuidarlo! —exclama, entrando a su habitación con Harry Daniel en sus brazos, aun cuando este camina perfectamente. Después todos se preguntan por qué mi hijo es tan consentido.

Cada vez que entro en el cuarto de mi hermana y veo los afiches, que tienen por título *B.G.5*, no puedo evitar sentir que conozco a uno de esos chicos. Aunque son fotos que reflejan a cinco chicos en proceso de abandonar la adolescencia y Katherine me asegura que ahora ellos cuentan con la edad de Keith.

Mi hermana es una muy buena fanática de esa banda, e incluso está involucrada en eso del club de *fans*. Son los peculiares ojos que posee uno de los chicos lo que llama mi atención continuamente, en las pocas veces en las que reparo en todos los afiches.

Mi pequeño tiene dos años, pronto tres, y yo cuento con veintidós años. Tengo un pequeño apartamento y un trabajo, soy escritora de libros infantiles. Luego de graduarme en escritura creativa pude ejercer mi carrera, y, aunque en un principio mi idea era escribir historias juveniles o quizás adultas, me entretuve un día escribiendo cuentos para mi pequeño sobre un castor travieso. Lo último que supe es que ahora es distribuido por varios países y está en muchas librerías.

Es increíble voltear atrás, ver lo que era y ver lo que soy ahora. Me he convertido en lo que nunca creí poder ser: una persona responsable, una madre. Nunca pensé que alcanzaría esta madurez pero, ya ven, cambiar pañales y cuidar de la vida y bienestar de otra persona te cambia.

—Nada de fiestas, mira que mamá te matará —le advierto nuevamente, mientras recojo mi cabello en una coleta alta.

—¿Y cuándo es que te ibas? —pregunta Katherine, burlona, dejando a Dan en el suelo, quien nos ve a ambas.

—Ahora, mami se va, pequeño. Te amo —digo, besando la frente de mi hijo y revolviendo su rizada cabellera color miel.

—¡Nani! —exclama, caminando tras de mí como si pudiera convencerme de llevarlo conmigo.

Salgo lo más rápido que puedo y aun así puedo escuchar su llanto mientras subo a mi modesto auto. No me gusta escucharlo llorar, pero sé que se le pasara en dos minutos.

Además de escribir libros para niños, también trabajo como correctora en una editorial de Liverpool, el lugar en el que he vivido durante toda mi vida. Por ello llevo una vida económica estupenda, debido a mis dos trabajos y al éxito de estos. Disfruto escribir libros infantiles y disfruto de igual forma ser correctora de las pequeñas historias que luego alcanzan una fama increíble. Trabajo en algo que amo y sé que soy afortunada por este hecho.

Pongo en marcha el auto mientras escucho música en el estéreo, miro al asiento de al lado y noto que está el Capitán América de Dan. Sonrío. Él siempre está dejando sus juguetes en cualquier rincón del auto.



Tengo la misma rutina: voy al Starbucks, hago el mismo pedido y luego me dirijo a la editorial, donde paso al menos cinco horas haciendo corrección de novelas.

Justo ahora, y en lo que va de la semana, he estado corrigiendo una novela juvenil erótica que necesita pulir seriamente las escenas sexuales, puesto que están algo desordenadas en cuanto a diálogos y coherencia, por lo que pongo manos a la obra y comienzo a corregir todos los lugares en los que he hecho observación y he tipeado.

—Saldré a almorzar, ¿quieres que te traiga algo, Kae? —me pregunta James, el diseñador de las portadas de los libros.

—No, tranquilo. Traje almuerzo. De igual manera, gracias.

—Vale —responde con una sonrisa. Una muy bonita sonrisa.

No soy tonta, sé que le intereso a James, pero aún no me siento preparada para tener una relación. A pesar de que James ha dejado su interés por mí en claro desde hace dos años, cuando comencé a trabajar en la editorial.

James es el prototipo de un chico perfecto. Rubio, esbelto, alto, ojos verdes y sonrisa encantadora. Es increíblemente atractivo de una manera convencional, pero no es algo que revolucione mis muy dormidas hormonas

o que me haga pensar en un «nosotros», lo cual quiere decir que hay algo realmente malo en mí como para no interesarme en alguien que acepta la idea de que mi paquete viene con Harry Daniel.

Me concentro en las correcciones y así, poco a poco, pasa el tiempo.



Cuando bajo del auto puedo escuchar la risa de Dan desde el otro lado de la puerta, lo cual me hace sonreír. Tiene una bonita risa musical e infantil. Abro la puerta con las llaves que aún conservo de la casa y el rostro de Dan, al observarme, se ilumina. Como si yo fuera todo su mundo.

—¡Nani! —grita en medio de una risa alegre, corriendo hacia mí y alzando sus cortos brazos para que lo levante. Hago lo que quiere y sus manitas toman mis mejillas mientras sus labios fruncidos hacen presión en mi nariz. —¡Pero sí es mi niño! —exclamo, llenando su rostro de besos—. ¿Cómo está la cosita más preciosa del mundo?

Dan habla, pero algunas palabras aún no son realmente claras, por lo que río mientras, con palabras que en ocasiones ni siquiera tienen coherencia y su entonación infantil, él dice algo respecto a un juego de carritos con Katherine, quien, al igual que yo, ríe.

—¿No te quedarás a cenar? —pregunta Katherine mientras me ayuda a guardar los juguetes de Dan.

—No, tengo una corrección que hacer. Quiero terminarla hoy —respondo—. Además, como Dan no durmió en la tarde seguramente caerá en cualquier momento.

—Vale —me responde de manera un tanto sospechosa—. Oye...

—¿Qué? —cuestiono, viéndola con una pequeña sonrisa, sé que ella quiere pedirme algo, la conozco muy bien—. ¿Qué pasa Kathe?

—Me preguntaba, si mañana... como es sábado, tú, ya sabes...

—No, yo no sé... —volteo y veo a Dan tomar una muñeca de porcelana de mamá—. ¡Harry Daniel! Suelta eso ahora mismo.

Dan me ve y suelta la muñeca mientras busca algo más que tocar. Es un niño muy hiperactivo y no lo voy a negar, es un niño que, en ocasiones, puede ser muy llorón.

—¿Recuerdas que tenía este evento con el club en el que podríamos tener una reunión privada con BG.5?

—Lo recuerdo. Mamá mencionó lo emocionada que estabas y tú me dijiste, como desde hace un mes, que ni se me ocurriera hacer planes, porque no podías cuidar a Dan.

—Pues, verás... mamá ya no puede llevarme. Y yo era una de las cinco privilegiadas a las que se le permitiría llevar un representante, porque es en Londres...

—Ve al grano Kathe —veo nuevamente a Dan—. ¡Venga, Dan! Te he dicho que dejes la muñeca.

—¿Por favor, puedes llevarme? —me pregunta, cerrando sus ojos con fuerza.

Le doy toda mi atención, casi como si ella estuviese contando algún chiste malo, pero cuando ella abre sus ojos puedo ver que está hablando totalmente en serio.

—¿Por qué no puede ir mamá? —pregunto de manera lenta, lo último que quiero es molestarla.

—Tiene un evento en el trabajo al que irá con papá.

—¿Qué pasa con Keith? Podrías decirle a él —indico, caminando hasta Dan y quitando la muñeca de sus manos—. Te dije que no, hazle caso a mami.

—¡Nani! —exclama Dan.

—Sí, exactamente. *Nani* —digo, dejándolo jugar con sus carritos.

—Keith está en Bolton, visitando a la abuela.

—Por lo que yo soy tu salvación —suspiro, no me gusta decirle que no, no cuando ella hace tantas cosas por mí—. Kathe, no solo se trata de mí, está Dan.

—¡Podemos llevarlo! —exclama entusiasmada.

—Son cuatro horas desde Liverpool a Londres.

—Si manejas deprisa, pueden ser menos. Además, mamá ya había hecho reservación en un hotel.

—¿Mamá sabe que me estás pidiendo esto?

—Me dijo que lo intentara.

Veo fijamente a mi hermana, ella ha hecho tanto por mí. Puede que manejar cuatro horas sea agotador, pero me sentiría muy culpable si no

hago esto por ella. Además, será bastante divertido que Dan conozca Londres.

—¿A qué hora debemos salir? —pregunto con una sonrisa y Katherine da un gritito de alegría.

—A las seis de la mañana. La reunión es a las cinco de la tarde, lo cual nos da tiempo de asearnos y comer. Muchas gracias, ¡te amo!, te debo un montón.

—No te preocupes, me gusta hacerte feliz —digo, tomando la manita de Dan entre las mías y también nuestras pertenencias—. Procura estar lista a las seis, seré puntual.

—Te prometo que estaré súper lista, mil gracias —dice ella, dándome un corto abrazo y luego besando la mejilla de Dan—. Por cierto, Dan se portó de maravilla.

Sonríó mientras camino hasta la puerta con mi pequeño. Ya una vez frente al auto, ubico a Dan en su portabebés, dándole el muñeco del hombre araña para que no lllore, puesto que él realmente odia el portabebés. Beso su frente y él me da una de esas sonrisas de pequeños dientes que lo hace lucir adorable y me recuerda que quedarme con él ha sido la mejor decisión que pude tomar.





CAPÍTULO 4

17 de febrero, 2011.

Toco la bocina dos veces antes de que una Katherine entusiasmada y extasiada se suba de copiloto al auto, ella abrocha su cinturón de seguridad y luego da un grito de éxtasis. Llevo de inmediato una de mis manos a su boca y con la cabeza le señalo la parte de atrás en donde, en el portabebés, Harry Daniel duerme. Él no es un bebé muy mañanero que digamos. Katherine se disculpa y aprieta con fuerza sus labios, para contener su emoción.

—Si lo despiertas se molestará. Y no queremos un bebé gruñón y llorón durante el viaje —le recuerdo, poniendo en marcha el auto—. Envíale un mensaje a mamá y a papá para que sepan que ya vamos en la vía.

Katherine asiente con la cabeza al tiempo que coloca un CD que, supuse, es de BG.5. Son muy buenas canciones, debo admitir. Me gustan. Conozco unas cuantas, las viejas, debo decir, ya que cuando vivía con mis padres las canciones de esa banda eran lo que más sonaba.

—Pareces muy emocionada para no ser la primera vez que ves a esos chicos —indico, viendo hacia atrás rápidamente para comprobar que Dan sigue durmiendo—. Porque sé que has ido, al menos, a dos conciertos. Y en uno de esos conciertos fuiste hasta los camerinos.

—Sí, pero esta vez es diferente. ¿Quieres un chicle? —pregunta, metiendo uno en su boca y masticándolo ruidosamente. Acepto el chicle que me ofrece—. ¿Crees que me recuerden?

—Bueno, si fuiste insistente como lo eres conmigo... entonces definitivamente deben recordarte.

—¡Espero que lo hagan! —exclama—. ¿Sabes cómo llegar a Londres?

—Por supuesto, no es la primera vez que voy. De hecho, me gusta mucho Londres, es algo movido y frío, pero me gusta —justo cuando termino de hablar, un quejido infantil llena el auto. Miro rápidamente

y puedo darme cuenta de que Dan está con sus ojos grises abiertos y haciendo un puchero con sus labios. *Alguien* no se despertó de buen humor.

—Oh, no, nene. No llores —pide Kathe, segundos antes de que de la garganta de Harry Daniel salga un estruendoso chillido. Frunzo el ceño, mi hijo es bastante dramático.

—¡Eh, calma fiero! —digo, viendo momentáneamente hacia atrás—. Fuera el drama, mami está aquí.

—*Nani...* —murmura mi bebé, restregando uno de sus ojos grises con sus pequeñas manos y, poco a poco, desplegando el puchero que adorna sus labios—. *Abua*.

Katherine inmediatamente se inclina hacia atrás para darle lo que pide. Puede que en parte Harry Daniel sea así por el hecho de ser un niño por demás consentido. *El bebé de la familia. Mi bebé*.

Dan toma el agua entre sus pequeñas manitas mientras entrecierra sus ojos. Suspiro. A veces, cuando él hace ese gesto, el de entrecerrar los ojos, me recuerda mucho al bastardo de donde salió y son momentos en los que de cierta manera yo me abrumo.

No se trata de haber amado a Jake, se trata de haber confiado en alguien con el que, al parecer, yo no podía contar. Es un error del que aprendí, al menos ahora acato esa parte de la biblia en la que dice: «Tu cuerpo es un templo sagrado». O al menos algo así, sí señor, no cualquiera entrará al templo sagrado, aunque comienzo a temer oxidarme si no dejo a alguien entrar a dicho templo.

El quejido y protesta de Dan me saca de mis cavilaciones, doy un pequeño vistazo a la parte trasera solo para ver a Dan tirando del cinturón que lo mantiene en el portabebés. Impaciente. Ruedo mis ojos y detengo el auto, sabiendo que Dan no parará hasta salir de aquel portabebés.

—¿Qué se supone que haces? —pregunta mi hermana con un chillido, como si yo simplemente estuviera haciendo algo indebido. Al parecer Dan no es el único dramático de la familia.

—Me detengo porque necesito que saques al pequeño energúmeno de la parte trasera, no queremos a un gruñón en este largo viaje —le explico mientras Dan esboza una sonrisa infantil de pequeños dientes. Él sabe que será liberado, es un bebé listo.

Como si el tiempo estuviera en nuestra contra, cosa que no sucede, Kathe saca a Dan con suma rapidez y, en menos de dos minutos, ya se encuentra en su puesto con un alegre Dan sobre sus piernas.

—Mira Dan, son árboles —indica Katherine, con voz de niña enferma.

—*¡Shi!* —dice él en un gritito emocionado. Dan ama la naturaleza, Keith suele bromear diciendo que será un jardinero pobretón.

De esa manera pasamos largas horas de viaje, con Dan nombrando cada árbol que pasamos, los cuales son muchos, por lo que, al final del viaje, estoy dispuesta a hacer una campaña en contra de los árboles si eso implica que Dan nunca más señale uno.



Debo admitir que mamá fue muy generosa en cuanto el hotel. Es maravilloso. Un cuarto doble con una gran bañera, en donde Dan juega enérgicamente con Kathe. El celular se mantiene pegado a mi oído, escuchando como Amelia, mi jefa, me informa acerca de cuán encantada está con mi corrección del libro.

—Nena, espero que no te quedes demasiado en Londres —dice Amelia en un suspiro.

—Tranquila, Amelia. En dos días me tendrás en la oficina. Me merezco estos tres días, ¿eh?

—Por supuesto, Kaethennis —asegura con una de sus características risas—. Aunque sé de alguien que ya te está extrañando como loco.

Ante esto solo permanezco en silencio, sé muy bien que ella está hablándome de James, pero prefiero hacerme la desentendida. Escucho su risa a través del teléfono.

—Vale, no te molesto más, querida. Disfruta de Londres —dice Amelia antes de dar por finalizada la llamada.

Respiro hondo antes de sentarme en la cama, clavando mi mirada en la pared. No lo quiero admitir, pero tengo miedo de que Jake haya dañado la poca confianza que tenía en los chicos.



Luego de que Harry Daniel tuviera su sueño de belleza, comienzo a arreglarlo, puesto que solo faltan dos horas para el evento de Kathe. Mi hermana se ha tomado la molestia de mandar a hacer un suéter que dice «Bebé BG.5» tiene el logo de la banda y en la parte de atrás se lee: «Soy el BG.6». Puesto que la camisa es de color negro, los ojos de Dan resaltan de una manera impresionante. Nunca vi sus ojos tan grises, quizás es porque nunca lo vestí con color negro hasta el día de hoy.

En cuanto a mí, un jean entubado, y muy ajustado, moldea mis piernas y una camisa blanca manga larga, con cuello en V, es con lo que los acompaño, mientras que mis pies se encuentran cubiertos por unos botines súper sencillos y cómodos. Corrimos con la suerte de que, justo ahora, en Londres no está haciendo un frío de muerte, solo está bastante fresco y ligeramente frío.

Para Katherine, vestirse es un gran proceso. Ella está toda indecisa respecto a ir con la camisa que la destacaba como una de los miembros principales del club de *fans* o ir con una camisa enloquecedora de hormonas. Por suerte, opta por la primera opción.

Nos toma una hora y treinta minutos dar con el dichoso lugar, normalmente, solo hubiésemos tardado veinte minutos, pero nos perdimos en el intento. Sumémosle el desespero de Katherine y las ganas de hacer pis de Dan, quien creyó que sería gracioso hacernos detener, al menos tres veces, con una falsa alarma.

Maniobro el volante del auto hasta estacionarme en uno de los puestos disponibles. Apenas detengo el auto, Katherine suelta un estruendoso grito que Dan acaba por imitar, luciendo tan histérico y emocionado como mi hermana, como si él realmente supiera que está a punto de conocer a unas súper estrellas. Vamos, que hasta yo estoy obteniendo algo de emoción. Una estrella es una estrella.

Despego la llave del contacto y resoplo ante la emoción de mis dos acompañantes, Katherine detiene su risa histérica para sacar de su bolso su carnet de miembro oficial y luego me pasa uno que tiene pinta de ser una credencial. Veo lo que me entrega y luego a ella.

—Se supone que hoy tienes dos hijos: Dan y yo. Es el carnet que te identifica como representante. Soy de las pocas menores de edad que acuden a este evento. O al menos la única que no tiene una hermana mayor de edad tan loca por BG.5 como yo —me explica, abriendo la puerta y bajando con Dan en sus brazos.

Si Katherine dice que debo ponérmelo, entonces debo hacerlo, por lo que, encogiéndome de hombros, paso la cuerda por mi cuello y bajo del auto. Estiro mis piernas y veo hacia el frente, donde lo que parece ser un pequeño centro comercial se alza a la vista, claro está, que Kathe se encargó de decirme que en realidad se trata de un grandioso estudio de grabación.

Tomando la pequeña mano de Dan entre la mía, y siguiendo a Kathe, nos adentramos en las instalaciones. Apenas estamos dentro del gran

estudio, que cuenta con muchísimas divisiones y puertas, el clima se vuelve un tanto cálido.

En la primera puerta un hombre corpulento y moreno exige una constancia que, por supuesto, Kathe tiene. Él revisa nuestras credenciales, nos hace firmar un libro de visitas y responde la pregunta curiosa de Dan:

—¿Por qué *tene* tanto pelo en boca, *nani*? —el curioso Dan está señalando la boca del hombre, en referencia a su bigote. Yo abro mi boca, Katherine contiene la risa y el hombre comienza a reír mientras se pone a la altura de Dan.

—Esto, campeón, es un bigote. Los hombres rudos e inteligentes lo tienen —responde el hombre con una gran sonrisa que en parte me da miedo. Yo no comparto su opinión con respecto al bigote. Un bigote sin barba simplemente no sirve.

Con una última carcajada del hombre, seguimos nuestro camino hacia el ascensor en donde Katherine no para de moverse inquieta, mientras revisa su iPhone. Como cosa rara —nótese el sarcasmo—, Kathe grita, sobresaltando a Dan, quien permanece en silencio.

—¡Ya llegaron! Llegaron y yo aún estoy aquí... en este maldito ascensor —ella grita de una manera que me alarma, parece una especie de criatura histérica.

—Las palabras sucias no. No frente a Dan —le recuerdo la política de no malas palabras—. Y, como dijiste, estamos en el ascensor. A una puerta de que los veas. Cálmate o lucirás como un mapache rabioso.

Katherine me da una mirada de censura mientras muerde el interior de su mejilla y mira con impaciencia el número que indica los pisos del ascensor. Suerte que nunca fui una fanática de ese tipo, más bien me gustaban las bandas de rock alternativo y las reuniones relajadas, por lo que solo me encargaba de ir a conciertos.

Dan ve a Katherine con el ceño ligeramente fruncido, como si le molestara que mi hermana se moviera a cada momento. Sonríe. Las puertas del ascensor se abren y una Katherine emocionada sale de inmediato. La sigo, pero en ese instante una pequeña mano jala mi pantalón. Bajo la vista y Harry Daniel me observa con sus grandes ojos grises humedecidos, él muerde la esquina de su pequeña y bonita boca. Conozco esa expresión, es la expresión de...

—Pis, *nani*, pis.

Sí, Dan confirma mi sospecha mientras brinca de un pie a otro. Por lo visto en esta ocasión no está bromeando. Escucho el resoplido de mi hermana.

—¿Es en serio, Harry Daniel? ¿Justo ahora? —cuestiona Katherine con impaciencia e inquietud.

Esta vez soy yo la que le da una mirada de censura.

—Si quieres, ve primero. Dime que número de estudio es y luego te alcanzamos —indico y, por un momento, ella parece dudar. Creo que lo hace por cortesía pero luego, con una sonrisa, rápidamente me indica el número del estudio y desaparece de mi vista, dejándome con un Dan a punto de hacerse en los pantalones.

Corriendo por los pasillos llegamos hasta el baño en donde Dan efectivamente tenía muchas ganas de orinar. Lavo sus manos, porque me importa poco si los hombres lavan sus manos o no, mi hijo no será un cochino de manos sucias. Paso una mano por su cabellera repleta de rulos, intentando aplacarla un poco ya que el frío ha hecho que esta se haga un poco más abundante, casi cubriendo sus ojos grises. Lo tomo en brazos y camino con rapidez hacia el estudio 18. Desde el pasillo puedo escuchar risas masculinas y femeninas, acompañadas de unos cuantos grititos. Dan, quien también se percata del ruido, se aferra a mi cuello de manera posesiva.

—Buenas tardes, soy representante de uno de los miembros del club de *fans* —digo a la joven rubia que se encuentra en la puerta verificando mi credencial.

—Adelante, que disfrute del evento —dice sonriente, me parece más como una falsa sonrisa que una real.

Como si fuera posible, Dan se aferra muchísimo más a mí apenas entramos al estudio en donde hay un exceso de risas masculinas, femeninas y sollozos.

—Tranquilo, Dan —digo, pasando una mano por su cabello—. Son amigas de Tía Ka.

—¿Tía Ka? —pregunta, frunciendo el ceño, como si él realmente no me creyera.

—Sí, tía Ka —digo, buscándola con la mirada—. ¿La ves?

Dan adquiere una expresión de concentración mientras, al igual que yo, busca a Katherine. Es evidente que nadie nota mi presencia ni la de mi bebé en ese lugar. Paseo la mirada en busca de mi hermana y el primer miembro de la banda que aparece ante mi vista es un pelirrojo, supongo que es un miembro por la manera en que una chica lo mira embelesada y porque, desde esta distancia, se nota que es irremediablemente atractivo.

—¡Tía Ka! —grita Dan con emoción, como quien acaba de ganar un premio, él mantiene su dedo índice señalando y ha conseguido hacernos el

centro de atención. Trato de olvidar esto último, sigo la dirección que Dan apunta y, efectivamente, veo mi hermana.

—Sí, tía Ka —lo felicito, sonriéndole a mi hermana quien, con emoción, me señala a su lado, donde un chico de cabellera oscura, alto y con un muy, *demasiado*, buen cuerpo, observa una hoja que ella le muestra. Me percató de que el chico está esbozando una pequeña sonrisa—. Efectivamente, es tía Ka... —me callo al ver que el chico, en medio de una carcajada, alza su vista. Azules, sus ojos son azules. Ojos de un azul peculiar, maravilloso y único.

Un azul penetrante y hermoso...

Azules como los de... Harry.

Como si hubiese escuchado mis pensamientos, él dirige sus ojos azules a mí. Al principio su sonrisa no cambia, luego sus ojos se achican, se amplían y una sonrisa de incredulidad surca su rostro. Es Harry, el chico de ojos azules, el que me ayudó. El dueño de la primera foto de Harry Daniel.

—Mierda —murmuro.

—No malas palabras, *nani* —me reprende Dan.

Doble mierda.





CAPÍTULO 5

Aunque trato de evitarlo, no puedo lograr que mi mirada deje de dirigirse constantemente a Harry. Y no Harry, mi hijo, sino Harry el chico que me ayudó. Aunque, viéndolo bien, no es que sea un chico, es más como un adulto joven, un *sexy* adulto joven.

Un atractivo y ardiente adulto joven.

No sé si él me reconoció, puesto que hay alrededor de ocho chicas demandando su atención mientras yo solo permanezco sentada en una silla con Dan a mi alrededor observando todo con curiosidad mientras devora una manzana.

Él no es como lo recordaba, es decir, sí lo es, solo que ahora es... ¿hombre? No sé exactamente a qué pretendo o quiero referirme, pero él es muy atractivo, casi demasiado. De acuerdo: él es increíblemente atractivo, tanto que no he prestado atención al resto de los miembros y no soy la única, pues él está reunido con un grupo más grande de *fans* que los demás miembros. Bueno, el pelirrojo lo iguala y los otros miembros van por el mismo camino.

Katherine está tomando fotos al pelirrojo que vi en un principio, quien también es sumamente atractivo. Dan se ubica entre mis piernas mientras mira todo a su alrededor, beso su cabeza y enredo mis brazos alrededor de él. Huele tan rico, como... a mi bebé.

Creo que doy la impresión de ser una madre obsesiva.

Dan alza su rostro y me muestra una sonrisa de pequeños dientes que me derrite. Siempre he dicho que mi hijo es hermoso. Beso su pequeña y respingona nariz, haciéndolo reír.

—Me gusta su camisa —escucho una voz a mi lado, sobresaltada me giro, encontrándome con un pequeño rubio de ojos turquesa. Y, ¿por qué no decirlo? Él es jodidamente atractivo—. El miembro número seis.

Yo río un poco mientras Dan se pega mucho más a mí, haciendo que el chico sonría con diversión y se agache para estar a su altura. Mi hijo lo ve con desconfianza mientras se acerca todavía mucho más a mí. El chico

revuelve la cabellera de Dan y este abre ligeramente la boca a modo de protesta, Dan detesta que desconocidos sacudan su cabello. Aún no sé la razón.

—¿Quieres unirme a la banda, amiguito? —le pregunta el chico con una gran sonrisa, Dan frunce el ceño—. Porque estaríamos muy felices de que te unieras, aunque con ese atractivo acabarías por llevarte a todas las chicas.

Dan solo lo observa. Me causa risa el hecho de que el chico parece un poco incómodo ante la mirada y rostro serio de Dan, quien se mantiene impassible.

—¿No habla? —me pregunta el chico, como si notara por primera vez mi presencia y, al observarme con sus ojos turquesa, jadea. ¿Me veo mal? ¿Hay algo mal o extraño en mí?

—Si habla, es solo que no es muy entusiasta con los desconocidos —respondo, aún preocupada de qué tan mal puede estar mi apariencia—. ¿Quieres presentarte con el chico? —le pregunto a Dan, él me mira haciéndome saber que no quiere, pero mi mirada es firme. No estoy criando a un niño maleducado.

Finalmente, Dan se rinde y tiende su pequeña manito al chico, que ahora luce sorprendido.

—*Hady* Daniel —dice Dan en un susurro apenas audible, el chico suelta una carcajada al tiempo que sacude la manito de Dan.

—Doug, amiguito. Es un placer conocerte —el chico entorna sus ojos hacia mí—. ¿Y tú eres?

Abro mis labios para responder, pero me quedo sin habla al ver como a pasos cortos, y con las manos metidas en los bolsillos de pantalón ajustado, Harry se acerca.

Debo calmarme, es ridículo ponerme nerviosa.

Bueno... quizás lo ridículo sea no estar nerviosa.

Harry se detiene a una distancia prudente y observa a Dan con lo que parece curiosidad y... ¿asombro? Dan lo observa de la misma forma, con curiosidad. De hecho, mi hijo mira a Harry de pies a cabeza, como si de alguna forma lo evaluara.

No me doy cuenta de que tengo los labios entreabiertos hasta que me percató de que Doug espera mi respuesta. Sacudo mi cabeza, haciendo que mi cabello roce con el cuello de Dan, quien ríe, puesto que mi cabello le causa cosquillas.

—Kaethennis —respondo finalmente en un susurro casi igual al de Dan. Entonces los ojos de un sorprendente color azul de Harry se posan en mí y yo trago en seco.

Bien, yo recordaba a un muchacho de buena textura con un corte de cabello algo desordenado y largo: un niño de cara bonita. Ahora... ahora él desde luego no luce como un niño. Los niños claramente no se ven así de... caliente.

Harry es alto, *muy* alto, y no por eso es desgarbado, de hecho, está bueno, *muy* bueno, en un buen sentido. No un bueno de «Oh voy a explotar», sino un *bueno* de brazos con musculatura promedio, piernas lo suficiente esbeltas y finas como para que el pantalón las abrace como un guante, y apuesto mi sueldo a que su trasero está para comérselo y apretarlo. Debido a que la camisa es de mangas tres cuarto puedo percatarme de que en su antebrazo izquierdo hay tinta. Tatuajes. Su espalda es esbelta y ancha, la espalda masculina perfecta, pero ahí no es donde su atractivo físico sorprende, porque cuando piensas que no hay más... entonces ves su rostro.

¡Mi Dios! Sus ojos son dos piedras preciosas de un azul muy profundo, como si fueran de tonalidades azules diferentes. Unos ojos infinitamente sorprendentes y llamativos, su nariz es perfilada, recta pero masculina, los labios son del tamaño promedio, algo carnosos y de un color carmín impresionante... una boca que resultaría femenina en otro rostro, pero que en él luce impresionante. Además, esa barbilla se alza de una manera marcada y masculina con un rastro de barba de días, o quizás una semana, adornándola. Su cabello es corto y está desordenado como si hubiese pasado sus manos constantemente por él, es castaño oscuro, del color del chocolate amargo. Él es, en conclusión, demasiado atractivo. Mucho.

Quizá hace dos años con siete meses él era igual de atractivo, pero con apariencia más desgarbada, es solo que en aquel entonces no le di mi atención, puesto que estaba más preocupada por el dolor infernal que sentía mientras trataba de traer al mundo a un bebé entusiasta.

Siento la mano de Dan tocar mi pierna, bajo la mirada y este me tiende su manzana a medio comer. La tomo y le doy una sonrisa que lo hace pestañar continuamente.

—No sé si te confundo con alguien... —dice Harry, viéndome mientras ladea su cabeza y aprieta sus labios. Sí, esa es una muy bonita boca— Pero creo conocerte.

Trago en seco una vez más, por lo visto hoy es el día de tragar en seco. No es como si me avergonzara admitirle que soy aquella madre

adolescente a la que ayudó, pero yo nunca me planteé la idea de encontrarme con este chico, ni mucho menos pensé que él fuera el ídolo de mi hermana. ¡Oh, Dios! Él es famoso, muy famoso, quizás es más famoso que Tom Cruz o Cameron Diaz, y eso es ser muy famoso. Demasiado.

Veo a mi alrededor y me doy cuenta de que Katherine, y unas chicas más, observan hacia mí, puesto que dos miembros de la banda están a mi alrededor. Me aclaro la garganta, volviendo mi atención a Harry y apretando a Dan hacia mí.

—Tú... me ayudaste —comienzo, aclarando mi voz—. Cuando di a luz a mi... bebé.

Harry ensancha su sonrisa como si él ya conociera ese hecho. Quizás si lo hace. Mientras pasa una mano por su cabellera y parpadea hacia mí, creo que incluso Dan no puede dejar de verlo.

—Sí, sabía que no estaba equivocado —dice Harry con una pequeña sonrisa—. Es un momento de mi vida que no olvido.

—Me pareció conocida en cuanto la vi —dice Doug, recordándome su presencia—. Ahora veo que es la chica de la foto...

Ambos chicos dirigen su atención al tímido Dan, que aprieta sus labios mientras sus mejillas se sonrojan y estruja sus manos en su pantalón. Harry enfoca sus dos piedras preciosas, llamadas comúnmente ojos, nuevamente en mí.

—¿Es él? —pregunta, y yo solo asiento con la cabeza—. ¡Wow! Él realmente tiene buenos genes.

—Eso dicen —digo, despeinando la cabellera de mi bebé—. Los genes Stuart son muy buenos.

—¿Genes Stuart? —me pregunta Harry, enarcando una de sus cejas.

Siento como la sangre se concentra en mis mejillas.

—El lado de mi familia —respondo con una pequeña sonrisa que, apuesto, no es tan impresionante como la de Harry «*No-conozco-su-apellido*».

—Ya veo —indica Harry, riendo—. De hecho, sí, se parece mucho a ti. Exceptuando el cabello y uno que otro detalle, pero tiene tus genes. No me creo que este sea el pequeño Harry.

—¡Qué bastardo! —exclama Doug con una sonrisa—. Tiene tu jodido nombre.

—¡No malas palabras! —exclama Dan horrorizado ante el vocabulario de Doug, lo que hace que ambos integrantes rían.

—Y es un chico inteligente —Harry informa.

Sin preguntar o pedir permiso, Harry lleva sus manos hacia un asustado Dan. Dan me mira, lanzándome una clara señal de ayuda, yo solo observo incrédula como Harry lo sostiene entre sus brazos y lo pega a su pecho, justo donde Dan ubica sus manos para mantener la distancia.

Harry parece ajeno a la incomodidad y deseo de hacer distancia de Dan. Él clava sus ojos en Dan, y yo contengo el aliento. Me percato de que las fanáticas de la banda están a punto de derretirse viendo a Harry, y de que mi hermana rápidamente llega a mi lado con un rostro muy sorprendido.

Ambos, los dos Harry, se observan por largos segundos hasta que Harry le da una gran sonrisa a Dan y con su dedo índice toca la nariz respingona de mi hijo, quien, para mi sorpresa, ríe y poco a poco retira sus pequeñas manos del pecho de Harry y las lleva al cuello de este, para sostenerse mejor.

—Sí, él definitivamente se parece a ti, hasta tiene agarre fuerte —me dice Harry, guiñándome un ojo, claramente haciendo referencia a mi fuerte agarre a su mano el día del parto, me sonrojo ante el recuerdo—. ¡Dexter!

El pelirrojo de antes voltea y Harry le indica que se acerque. A paso lento y desgarrado el pelirrojo de ojos café viene. La nariz del pelirrojo es recta y masculina, y su barbilla es marcada. Los rasgos de su rostro desprenden picardía, es de la misma textura que Harry, es jodidamente atractivo, y desprende un magnetismo sexual impresionante.

Apenas llega, el pelirrojo clava sus ojos en mí y abre ligeramente la boca para luego soltar una carcajada burlona.

—No puede ser —dice el tal Dexter «*Desprendo-magnetismo-sexual*»—. Hermano, esta es la chica.

—Exactamente Dex, y este es el pequeño Harry —dice Harry, señalando a Dan, que sigue en sus brazos.

—No me lo creo, este niño es jodidamente atractivo —asegura Dex y Dan jadea. Luego Dexter me ve—. Y ella es jodidamente hermosa.

—No malas palabras —pido, casi imploro, señalando a mi hijo.

—¿Qué mierda, Kae? —grita Katherine.

—¡Katherine! —exclamo, señalando una vez más a Dan.

—Perdón, perdón —se disculpa rápidamente mi hermana—. Pero es que... ¿Qué co... *rayos* se supone que pasa?

—¿Qué haces acá? —interrumpe Harry a mi hermana, acercando a Dan mucho más a él, esto hace que mi hijo nuevamente ubique sus manos en el pecho de Harry, para alejarlo.

—Mi hermana es miembro del club de *fans* oficial, yo la traje —le digo—. Esto es muy sorpresivo.

—¡Joder! —exclama Dexter, sobresaltándome e ignorando la política de no malas palabras—. La camisa del pequeño Harry esta de puta madre y, ¡joder!, hermano, el niño lleva tu nombre. Tu jodido nombre.

—¡Dios, Dexter! —exclama Harry, riendo—. Harás que a su madre le dé un colapso. Recuerda, no malas palabras.